

Este suceso desconcertaba en mucho la acción del ejército. Se establecieron tres líneas de defensa en aquella posición casi inexpugnable.

A las siete se presentó el enemigo.

El general Arteaga, con los batallones de Morelia y de Tamaulipas, se extendió por la izquierda, y Quiroga por la derecha, con rifleros y batallón de Aguascalientes.

Rechazaron a las fuerzas reaccionarias, tomándoles cincuenta prisioneros.

En ese momento, perdiendo la ventaja de sus posiciones, de agredido, se hizo agresor el general Degollado, y cargó por el centro, llevando las columnas el general Santiago Tapia y el general Miguel Blanco.

Entrando Mejía en combate, atacó con vigor con las caballerías el flanco de los liberales.

Tapia arrolló la línea y tomó la artillería reaccionaria; pero cayó herido gravemente, y muerto el comandante del batallón de San Luis, Albino Espinosa.

Al ver tendido a su jefe, los soldados ya vencedores, retrocedieron a su campo, pero arrojándose en desorden sobre las líneas e introduciendo una confusión tan grande, que ellos mismos causaron el desastre.

Degollado mandó replegar las líneas, seguro de que el enemigo nada podía hacerle; pero este movimiento se tomó por la tropa como retirada, y comenzó la dispersión y el abandono de las piezas, trenes y parque, y la reacción quedó dueña del campo, defendiéndose en la retirada el general Degollado, Quiroga y Bernabé de la Barra.

Doblado disparó unos metrallazos sobre los fugitivos; tal era la ira que lo devoraba, al ver perdido un triunfo ya cosechado.

Tal fué la batalla de la Estancia de las Vacas, donde la reacción vió ponerse el sol de su destino y comenzar a darle un adiós eterno a la victoria.

IV

Salió rápidamente Miramón y llegó a Guadalajara con sus ayudantes.

Llamó inmediatamente a Márquez, que no estaba en la capital, y llegó, como siempre, desmoralizado, y presentó su renuncia.

Entonces el Ayuntamiento, las corporaciones civiles y religiosas y personas notables, pasaron a ver a Miramón, para que no aceptara la renuncia.

Miramón, al ver aquel aparato, comprendió toda la faena de una reacción en su contra.

Necesitaba jugar el todo por el todo.

Cuando oyó las súplicas hipócritas del partido clerical, que

elegía a Márquez como su caudillo, se mostró orgulloso y decidido.

—Señores—dijo—, razones de alta política y de conveniencia pública, me estrechan a una determinación, que no es hija de la violencia, sino de interés nacional.

No sólo admito la renuncia del general Márquez, sino que prevengo que lo procesen, por la ocupación de los caudales de la conducta, que nunca debía de haber tomado, y por actos de insubordinación que desmoralizan al ejército, y no sólo le admito la renuncia y el proceso, sino que marcha a la capital, en calidad de preso, quedando el general Wol como jefe de las armas en Guadalajara.

Aquella contestación dejó frías y consternadas a las corporaciones religiosas, al ilustre Ayuntamiento y a los conservadores.

El fiasco había sido completo.

Temblando y acobardado como una mujer, Márquez llegó a México a unir sus lamentaciones con las de Zuloaga.

Miramón salió para el Sur de Jalisco, ocupó Colima, la volvió a desocupar y regresó, como siempre, a la capital, y no sucedió nada, porque la revolución volvió a adueñarse de aquellas regiones.

CAPITULO XXI

ANTON LIZARDO

I

—¡La llegada del señor Presidente!—gritaban los papeles, y la gente corría en bandadas a la Villa de Guadalupe, porque el ministro Isidro Díaz había dicho en una comunicación oficial que Su Excelencia no entraría a México, sino después de haber dado las gracias al Todopoderoso, por haberle concedido tantas victorias.

Se repetía el fastidioso cuadro de siempre.

Frailes, clérigos, regidores, generales, golillas, tinterillos y devotas a felicitar al señor Presidente por sus triunfos.

Repiques, cañonazos y cohetes, y hasta grandes convites en cuyas libaciones los sorprendía la noticia de que ya el general Degollado, vencido tantas y tantas veces, entraba en campaña, sin saberse, y hasta hoy se ignora, lo que ese hombre hacía para levantar miles y miles de hombres, y de dónde tomaba armamento y artillería, y sobre todo, recursos para mantenerlos.

Podemos asegurar que no hay un testimonio igual en la historia.

—¡Esto es horrible!—decía la señora Pantoja a sus contertulios—Este es el cuento de nunca acabar.

—Ya lo creo, señora—contestaba un clérigo—; nos están engañando estos soldados; canta y canta, y nada de ópera. Lea usted lo que dice este periódico.

—¡Qué sacrilegio! ¡El infame de González Ortega se ha robado la plata y las alhajas de la Catedral de Durango!

—Nos van a dejar sin un pelo—dijo un clérigo.

—Y con mataduras—exclamó la Pantoja.

—Aquí repicamos, y esos herejes andan en la procesión.

—Vea usted, vea usted el asesino de Rojas: ese bandido ha tomado a viva fuerza el Teul, y ha hecho destrozos, iniquidades, abigeatos y violencias.

—Que sigan aquí los repiques.

—Sí, que sigan, mientras estos malditos dejan a la Iglesia en traje de baño.

—Pero lo bueno—dijo un clérigo—es que ya vamos a cambiar de situación; el señor Zuloaga se ha comprometido, por supuesto, con mucha reserva, a tomar la Presidencia y destituir a Miramón, que se va volviendo liberal, y nosotros queremos gente que mate, que mate mucho; lo demás es perder el tiempo.

—No siempre se puede—dijo la Pantoja.

—Pero se procura—contestó el clérigo.

—¿Y será capaz de ese golpe el general Zuloaga?

—Ya lo animamos; cuenta con recursos y con Márquez, que puede mucho en el ejército.

—No lo crea usted, Padre; ha venido a México como un mentecato.

—No hay cuidado.

II

Tocaron el timbre, y se presentó el coronel Altúnez, que ya tenía el grado de general.

—¡Cuánto gusto de ver al señor general!—dijo el clérigo.

—Usted sabe, caballero, que la familia del señor Rentería, es todo para mí.

—Gracias—dijo la Pantoja.

—¿Y las señoritas?

—Ya vienen.

En aquellos momentos entraron Eva y Carolina, ignorando que se encontrara allí el general Altúnez.

Ya cuando quisieron retirarse, no era posible.

El general les tendió la mano, que ellas rehusaron terminantemente.

Altúnez rechinó los dientes, en presencia de aquel desaire.

—Señoritas—dijo—, ustedes me culpan de todo lo que pasa en la revolución.

—Puede ser—dijo Eva—, pero la presencia de usted está muy lejos de sernos grata.

—¡Niña!—gritó la señora.

—Digo la verdad—contestó Eva—; el señor nos trae recuerdos horribles.

La joven estaba pálida; sus grandes ojos se revolvían en las órbitas, y respiraba con mucha dificultad.

Carolina, como pasa en la juventud, ya estaba en convalecencia de su dolor por Mario; pero aguardaba impaciente que Pablo le cumpliera su palabra, de vengar aquella sangre.

Sabía que Altúnez era el asesino, y sentía un pavor mal reprimido, cuando tenía al miserable en su presencia.

—Yo no puedo tocar la mano que llevó la espada al corazón de Mario—dijo Carolina.

—¡Pero eso es una calumnia!—gritó Altúnez—No sé quién ha podido decir eso, que es enteramente falso.

—Todo se sabe, caballero.

—¿Y qué nos importaba ese hombre?

—A usted, no, mamá, porque tiene el corazón empedernido a fuerza de estar en la iglesia, que es enemiga de los liberales; pero a mí sí, porque lo amaba y lo amo todavía.

—¡Jesús, qué insolencia!—exclamó un clérigo.

—Más insolencia es—contestó Eva—presentarse el verdugo delante de la víctima, y pretender que le estreche la mano.

—¡Esto es horroroso!—gritó la Pantoja.

—También se me acusará de los sucesos de Tacubaya.

Aquello fué como una revelación.

Eva llevó las manos al pecho y no pudo decir una palabra.

—Es cierto que yo estuve allí—continuó Altúnez—; Manuel me ha salvado la vida en Puebla y quise ver si yo lo podía salvar; me fué imposible; pero fuí tan su amigo, que me encargó devolver a usted estos objetos, señorita Eva.

Eva se sentía morir.

Sacó Altúnez el relicario que había robado al cadáver de Manuel.

Luego que la joven vió aquella prenda, comenzó a dar tales alaridos de dolor, que todos se conmovieron, hasta los clérigos.

—Es usted un imprudente!—dijo Carolina—. ¡Salga usted de esta casa y para siempre!... ¡Maldita la hora que hemos conocido a un monstruo tan repugnante!

—Señorita..., señorita—murmuraba Altúnez—, yo no suponía...

—Ha venido usted a martirizar el alma de una mujer moribunda. ¡Se ha portado usted como un miserable!

—Está bien... Yo...

—Usted se va de aquí, o llamo a mis lacayos para que lo arrojen.

—No es necesario.

Carolina tomó a Eva cariñosamente por la cintura, y casi en hombros la sacó de la sala.

—Señora—dijo Altúnez—, perdone usted, pero yo cumplí con el encargo de un hombre.

La Pantoja no respondió.

— Siento mucho haber proporcionado este mal momento... Si yo lo hubiera pensado... Pero, además, señora, yo no he hecho otra cosa que defender a la religión.

— Es verdad—dijeron los clérigos.

— Y derramar mi sangre.

— Y dejar una oreja en el cercado—agregó la Pantoja.

Altúnez se estremeció de coraje; creía que con el cabello se había ocultado la falta de aquel miembro, y la señora lo había descubierto de improviso, con sus ojos de lince.

— Perdí la oreja, de un machetazo, en Guadalajara.

— Pero escapó usted la otra; creo que con una, basta.

— Sí—dijo un clérigo—. ¿Para qué son dos? Un general debe tener un solo corazón, una espada, y dos pies para cuando se ofrezca.

Aquello ya era una burla descarada.

Altúnez tomó su sombrero.

— Señora—dijo—, venía a despedirme, porque marchamos para Veracruz.

— ¿Se abre de nuevo la campaña?

— Sí; y ahora es seguro que ocupamos la plaza.

— Supongo que no será como la otra vez.

— Tenemos elementos sobrados; el éxito es seguro.

— Lo que temo es—dijo un clérigo—que al otro día, ya vuelva a estar ocupada por Juárez.

— Eso sería imposible.

— No lo crea usted; ya nos es fatigoso oír que se tomó San Luis, Guadalajara y Querétaro, y a las veinticuatro horas ya están allí esos bandidos.

— Eso tendrá que concluir.

— ¿Con quién? ¿Con ustedes?

Altúnez, no pudiendo sufrir ya tanta sátira, se retiró amostazado, y satisfecho, a la vez, de haber dado un gran disgusto a la familia Rentería.

III

En la casa número 24 de la calle de Chavarría, estaba la junta revolucionaria.

Se reunieron con mucho sigilo Gabriel Moreno, Octaviano Ortiz, Luis Picazo, Amézarri, Villanueva, Rodrigo Valdés, Cerecero, Castillo Velasco y otros patriotas.

Se abrieron unas comunicaciones que venían de la Habana, en que avisaban que el coronel Tomás Marín, había comprado dos buques, para venir al asedio de Veracruz, simultáneamente y en combinación con el ejército reaccionario.

Inmediatamente se determinó dar aviso al señor Juárez, porque era de suponerse que la operación se hacía con gran secreto.

La junta se enteró de la compra de pertrechos de guerra y de la gente que formaría la tripulación.

Picazo ocurrió a un liberal exaltado, José M.^a Molina, que vive todavía, y concertaron enviar al capitán Macías, que salió inmediatamente para Veracruz, y puso los pliegos en manos del señor Juárez, que aun no tenía noticia de aquel plan.

Vive aún la persona que descubrió a Luis Picazo aquella trama infame.

Entretanto, el Gobierno de la reacción, contando con el auxilio divino, las preces de la Iglesia y un buen ejército, emprendió el segundo sitio de Veracruz, ya con la certeza de una victoria.

Llegaron frente a la plaza de la Heroica.

En el camino fué tiroteada la vanguardia y herido Robles Pezuela.

Miramón publicó una proclama, concediendo amnistía a los que en el término de sesenta horas se pusieran bajo la bandera reaccionaria, y pasando este término, todo el que cayera en sus manos sería fusilado irremisiblemente y entregadas sus casas e intereses a la tropa.

Todas estas medidas extremas, acusan una decadencia inevitable.

El señor Juárez publicó una circular terrible, sabiendo que la escuadrilla estaba ya cerca de Veracruz:

«Considerando que los buques que forman la escuadrilla de que se trata, cualquiera que sea la bandera con que pretendan cubrirse, no pueden ni deben ser reconocidos como legalmente autorizados para la navegación, S. E. «se ha servido declarar que dichos buques deben ser considerados como piratas», por los buques nacionales y por los de las naciones amigas, salvándose desde ahora y para siempre a la nación mexicana de toda responsabilidad, por los daños que causen aquéllos que traigan el pabellón de la República.»

Aquella declaración les abrió las fauces a los buques americanos que estaban en la bahía.

IV

El 6 de marzo la escuadrilla estaba a la vista.

Corrió de Norte a Sur y tiró las anclas en las aguas de Antón Lizardo.

Una salva de artillería, saludó en el campo reaccionario a la escuadrilla.

No izaron la bandera; ésta era la declaración de guerra.

Enviaron un bote trayendo a tierra a Valle, jefe de escuadra graduado, y a Francisco Canal, capitán de fragata.

Llevaron instrucciones para el general Marín, jefe de la expedición marítima, y la noticia de la ocupación del Puerto de Alvarado.

Sus buques eran la «Zaratoga» y el «Marqués de la Habana», a quien bautizaron por veinticuatro horas con el nombre de «El General Miramón».

Se enviaron cien hombres para reforzar la tripulación, y todo estaba listo para el combate.

V

Entretanto, en el Gobierno de Veracruz había una grande alarma.

El gobernador, Ignacio de la Llave, que tanto había luchado durante los tres años de la revolución, y cuyo valor era proverbial, entró al despacho del señor Juárez, que estaba con sus ministros.

—¿Qué pasa, señor general?—preguntó el señor Ocampo.

—Que es necesario dar un golpe decisivo—dijo Llave—. Mañana nos atacarán por mar y por tierra; la plaza está perfectamente bien; Gutiérrez Zamora y el general Iglesias están preparados, y no hay temor.

—¿Cree usted, señor general, que...?

—Creo, señor Presidente, que todo ese ejército va a fracasar, pues aunque los buques de Marín hagan una intentona, será punto menos que imposible la toma de nuestras posiciones.

—Casi son inexpugnables—murmuró Ruiz, el ministro de Justicia.

—Pero yo tengo un plan—dijo Llave—, y lo pienso realizar antes de que amanezca.

—¿Cuál es?—preguntó el señor Juárez.

—Esta noche sorprendo a los buques de Marín.

—¿Qué dice usted, señor general?—preguntó, azorado, Ocampo.

—Que esta noche capturo los buques de la escuadrilla.

—¿Y cómo va a ser eso, señor general?—preguntó Juárez.

—Es bien sencillo: la corbeta de guerra americana, «Zaratoga», usando del derecho que le da la resolución del Gobierno declarando piratas a los buques de la reacción, está dispuesta a abordarlos; yo con el «Wawe» y el «Indianola», la remolcaré, y damos el combate en las mismas aguas de Antón Lizardo.

—Es arriesgada la empresa.

—Pero debe emprenderse, y a todo trance, porque mañana apresarán nuestros dos buques, que no están armados.

—Bajo la responsabilidad de usted, señor general.

—Bajo mi responsabilidad, señor Presidente. Como la «Zaratoga» no puede oficialmente ponerse a mis órdenes por ser americana, aparecerá que hace por su cuenta el negocio; yo simplemente ayudo, y realizamos nuestro plan, de evitar ser batidos, en combinación con los reaccionarios; nada nos importa que esos buques sean presa americana; además, están en su derecho: son barcas piratas.

—Muy bien, general.

Llave no parecía: un hombre de esta edad, era de los tiempos medios.

VI

El cielo se cubría de nubes plomizas, entoldándose lentamente y arrojando una sombra negra sobre el Océano.

Las olas levantaban un rumor siniestro y el «norte» comenzaba a soplar con sus primeros respiros.

A lo lejos se veían ancladas en Sacrificios, barcas inglesas y francesas.

Frente a Veracruz y oscilando sobre la bahía, el «Indianola», el «Wawe» y la «Zaratoga». Y allá, confinando con las montañas de Antón Lizardo, los buques, disponiéndose para el combate, que tendría lugar al amanecer.

Frente a la plaza, el rumor sordo del ejército reaccionario, que se organizaba en todos sus detalles para el asalto.

Correr de los ayudantes, revisión de armas, rodar de la artillería y tropel de caballos; un gran movimiento en el campo enemigo.

La plaza en guardia.

Los fortines dotados de parque, la fuerza sobre las armas en los parapetos.

Gutiérrez Zamora y el general Iglesias, visitando los cuarteles y fortificaciones, y disponiendo cuanto creían conveniente, porque el asalto sería tremendo.

Fuera de los reductos, había una gran guardia y espías muy cerca del enemigo.

La noche se había anticipado; parecía que estaba impaciente de lo que iba a pasar entre sus sombras.

Luego que el señor Llave terminó su conferencia con el Presidente, tomó el bote de la Capitanía y se dirigió a bordo de la «Zaratoga».

Puesto de acuerdo con el marino americano, levaron anclas, remolcando el «Wawe» a la «Zaratoga» y llevando a su lado la «Indianola».

Los buques de la escuadra izaron sus faroles de situación; pero la «Zaratoga» y sus compañeros no respondieron a la señal, y entre la oscuridad densa de la noche, se dirigieron al puerto de Antón Lizardo.

Eran las once, cuando el oficial que vigilaba el vapor «General Miramón» avisó al general Marín, que se veían bullos por el lado de popa.

Marín ni aún siquiera sospechaba aquel movimiento.

Subió inmediatamente a cubierta y al ver a los buques, que ya estaban muy cerca, mandó levantar a toda la gente, que se activase el fuego de la máquina y que no se levase el ancla.

El «Zaratoga» lanzó su primer tiro con una granada.

Marín respondió a fuego de cañón. Tomó las brújulas y vió dibujarse en la oscuridad los tres mástiles de un buque que era el remolcado.

Entonces comenzó el combate, casi a quema ropa. Marín, que no esperaba el empuje, trató de ponerse en franquía y ver si podía descabezar el bajo; pero no le fué posible, porque murieron dos timoneles.

Faltando dirección al buque, y acribillado por el vivo fuego de la «Zaratoga», se varó de proa en el bajo.

Acudieron otros dos timoneles, uno para gobernar y otro para poner la bandera.

El primero fué echado al mar por una bala de cañón, y el otro bajó con el pabellón.

Una bala de los buques de Marín dió sobre la obra muerta de la «Zaratoga» y las astillas hicieron una profunda herida en el rostro del general Llave, que no cesaba de despertar con sus gritos el furor de sus soldados.

El fuego se hacía más vivo en los asaltantes, mientras que en los buques reaccionarios se iba apagando lentamente, hasta quedar en el más profundo silencio.

Allá, entre la oscuridad y más bien a los relámpagos de los disparos, se vió que el «General Miramón» enarbolaba bandera blanca, y el «Marqués de la Habana», el pabellón español.

Los dos buques quedaron prisioneros, lo mismo que su tripulación, y llevados en triunfo a Veracruz.

Al saltar Llave en tierra, lo llevaron en peso hasta el palacio, entre los vítores más entusiastas y el toque de las músicas militares.

El señor Juárez y los ministros, saludaron a aquel gran patriota, que acababa de alcanzar el más espléndido de los triunfos en nombre de la libertad.

El pueblo de la heroica ciudad de Veracruz, tendrá siempre en el mundo de sus recuerdos aquella noche gloriosa.

VII

En el campamento de Miramón, todo se ignoraba; les parecía haber oído fuego lejano de cañón; pero como no podían imaginar lo que pasaba, esperaron tranquilos a que amaneciera.

Muy temprano, dirigieron sus brújulas al rumbo de los buques de Marín, que ya se ponían en camino para el puerto y habían desaparecido de la bahía.

Pero, ¡cuál fué su sorpresa, al ver a los buques de Marín, prisioneros y vigilados por los vencedores!

La expedición había hecho fiasco.

Las baterías que estaban a izquierda y derecha de los médanos, hicieron fuego sobre la plaza y ésta contestó con su artillería.

Era tal el entusiasmo de la plaza, que los soldados saltaron las trincheras y se arrojaron sobre la división Licéaga, sufriendo a pecho descubierto el fuego de la artillería y regresando a sus posiciones después de una hora de combate.

Miramón decidió la retirada, pero no queriendo hacer un papel ridículo, más que su situación, ordenó bombardear la ciudad mientras la plaza acribillaba con sus cañones la trinchera levantada por los sitiadores.

Los baluartes, las obras exteriores, Ulúa, las lanchas y las trincheras de los sitiadores, con dos morteros y seis piezas, hicieron, durante dos horas y media, un vivísimo fuego, que fué cediendo hasta la entrada de la noche.

Por fin, el ejército reaccionario levantó el campo y emprendió la retirada.

Durante el bombardeo, el señor Juárez se trasladó a San Juan de Ulúa, y desde el Caballero Alto, presenció el fuego, imperturbable, como Nerón el incendio de Roma.

VIII

Llegó Miramón a México, y como el clero acostumbraba cantarle un «Te Deum», se lo cantó ese día por cuenta de Juárez.

Lo más ridículo fué, que el Presidente de la reacción recibió las felicitaciones de su gente, por el «éxito» del sitio de Veracruz.

Miramón, enteramente desconcertado, contestó:

— El Sér Supremo no puede abandonar a un pueblo que pelea por su independencia, por su verdadera libertad y por la justa defensa de su religión.

Con esta jaculatoria dió fin la desgraciadísima jornada de Veracruz.

CAPITULO XXII

UN ASTRO QUE SE APAGA

I

Natural es que, en semejantes crisis, comiencen el pánico y la desconfianza.

Nada más alarmado, que un Gobierno en vísperas de caer.

El 11 de abril de 1860, primer aniversario de las ejecuciones de Tacubaya, una multitud de señoras, pertenecientes a las familias liberales, se dirigieron a San Pedro Mártir, donde estaban los restos mortales de aquella juventud sacrificada por Márquez, el más miserable de los asesinos, y que deja un rastro pestilente en la historia.

Había caído la víspera una abundante lluvia y el campo estaba bellissimo.